



Ricardo Gabriel Godano

Metamorfosis Polipoética

**MUDO TESTIGO:
CRONICA DE UN AMOR ETERNO**

Ricardo Gabriel Godano

Licencia

Esta obra está publicada bajo una *Licencia Creative Commons Atribución – No Comercial – Sin Obras Derivadas 3.0 Unported*, que le permite copiar y comunicar públicamente la obra, siempre y cuando reconozca el crédito del autor, sin alterar el contenido de la misma. Dispone del texto legal completo en la siguiente dirección:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

© 2010, Metamorfosis Polipoética Zárate, Buenos Aires, Argentina.

rgodano@mpolipoetica.com.ar

<http://www.mpolipoetica.com.ar>

1º Edición, septiembre de 2010

Dedicatoria

A mi Familia,
tanto en la Tierra
como en el Cielo.

Índice

Prólogo	6
Movimiento I: La Creación Espiritual	7
Movimiento II: La Primera Reencarnación.....	10
Movimiento III: Juramento del Amor Eterno	13
Movimiento IV: Es Amor de Nuestro Amor.....	14
Movimiento V: In Media Res.....	15
Movimiento VI: Prólogo de la Segunda Reencarnación.....	16
Mudo Testigo: Primera Parte	17
Mudo Testigo: Segunda Parte	23
Epílogo.....	27
Nota del Autor.....	28
Sobre el Autor	29

Prólogo

En el interior de una biblioteca me encuentro ensimismado por la lectura de un libro sobre una de las civilizaciones más poderosas sobre este planeta. Analizo cada situación geográfica, cada hecho cultural, cada batalla, cada personaje que, gracias a sus hazañas, dejaron escritas con glorias, sangre y lágrimas la historia del Antiguo Egipto.

Una vez en casa, y en la soledad de una noche nublada, pienso en quienes sirvieron de sostén a esa historia, a las personas comunes, cuyos nombres aparecen a un lado del libro, a los mortales que vivieron y tal vez hayan sido olvidados por los historiadores, no por mí, claro está, ya que los traigo a la memoria, mediante un libro, un escrito, una palabra o simplemente un recuerdo.

Al mismo tiempo, mientras enciendo mi computadora, con intenciones de escribir esta historia, no puedo soslayar la idea de grandeza en toda la historia egipcia, tantas dinastías, luchas por el poder, invasiones, liderazgos, misterios y por sobre todas las cosas, lo difícil que es concentrarse en un fragmento temporal. Este es uno de esos fragmentos, cuyo nombre, según los historiadores, es la Dinastía XXVI.

Nos ubicamos en pleno reinado de Psamético I, Príncipe de Atribis, Rey de Sais y de Menfis, un personaje que ambicionaba el dominio absoluto de Egipto, pero se encontraba rodeado de cinco faraones mayores: Smendes, Pinedjem, Tefnakhte, Masaharta y Osorkon IV y además estaba doblegado ante el más joven de los faraones: Ramsés III.

Un bello atardecer sobre el Alto Egipto, se transforma en un verdadero presagio, un prólogo natural, puesto que al aparecer la bella Sotis¹ sobre el horizonte, comienza esta historia, este fragmento, comienza... MUDO TESTIGO – CRÓNICA DE UN AMOR ETERNO.

El Autor

Septiembre de 2010

¹ Sotis es el nombre con el cual los antiguos egipcios conocen a la estrella Sirio, la más brillante de la constelación Can Mayor. Su aparición se relaciona con las crecientes del Río Nilo.

Movimiento I: La Creación Espiritual

"Amable para oír, bondadoso para juzgar"

Enrique VIII (William Shakespeare)

Si existe algo que da sentido a esta historia es el hecho de los pasadizos secretos entre la Pirámide de Keops y la Esfinge. Estos gigantes del Complejo de Gizeh son sin dudas, el punto de partida de una civilización que renace permanentemente.

En el interior de la Esfinge, y ocultos en la oscuridad de los tiempos, se manifiesta la figura pavoneada de una secta, un grupo que intenta destruir el progreso de las dinastías. Al culminar la bella Sotis, bajo la Luna en fase creciente, comienzan las ceremonias sectarias a cargo del propio Ramsés III.

Las danzas, los sacrificios, las ofrendas, los cánticos, las alabanzas, son algunas de las formas de adoración impuestas desde dinastías anteriores, con el objeto de enfurecer a los dioses y terminar con los reinados.

Claro está, que Ramsés III, tiene las intenciones de reinar eternamente, pero su principal rival, Psamético I, no está dispuesto a perder lo que ha logrado conquistar. Además, ambos rivales, tienen sus aliados, por un lado Ibi, administrador de los bienes de la divina adoratriz, Nitocris I, hija de Psamético I, disgustado por los malos tratos e impulsado por una suerte de celos, ha comenzado a frecuentar la secta de Ramsés III, y por otro lado, el sacerdote de Pabasa, confesor de Nitocris I, cuyo enamoramiento con la divina adoratriz, se vuelve cada vez más difícil de disimular, es el principal aliado de Psamético I. Ibi, como ya había comentado, frecuentaba la secta.

Fue precisamente, minutos antes de la culminación de la bella Sotis, bajo una Luna en fase menguante, que se acercó silenciosamente a la Esfinge, se enfrentó a los pies de la misma, y con los ojos cerrados comenzó a caminar rumbo a una nube dorada que lo envolvía. Su cuerpo comenzó a temblar, sus palpitations aumentaron al extremo que los ritmos de respiración, cardíacos y emocionales se alternaban arrítmicamente.

Al encontrarse en el interior de la Esfinge, Ibi, sentía que estaba haciendo lo correcto, pero al mismo tiempo, sabía que su permanencia en la secta lo alejaría aún más de su verdadero amor. Así es, Ibi, meses antes que el sacerdote de Pabasa, se convirtiera en el confesor de la divina adoratriz, había jurado su eterno amor a Nitocris I. Un amor no correspondido y encima, Nitocris I, se enamora de un sacerdote.

Por otro lado, Psamético I, comenta a sus hombres, sobre el nuevo nombramiento de su hija, quien arrodillada ante Amón Rá, espera que le brinden sus dones. Los administradores de bienes de la divina adoratriz, comprenden que este nuevo

nombramiento no solamente traería fortaleza al reinado de Psamético I, sino que además sería un atractivo para los opositores, que seguramente, estarían planeando alguna desgracia, relacionada con Nitocris I.

El Sacerdote, se retira de la reunión de Psamético I, y dirigiéndose al Palacio de Nitocris I, se encuentra con Ibi, cuya mirada desenfocada presagiaba alguna acción en contra del reinado. Ibi observa detenidamente al sacerdote y sin emitir palabra alguna sale rápidamente del palacio. Al ingresar al Palacio, Nitocris I le comenta al sacerdote que Ibi, se había unido a una secta ordenada por Ramsés III y que seguramente se encontraría en ella. El sacerdote le explica a Nitocris I, que es muy posible que la secta esté en pleno ritual, debido a las condiciones de Sotis y la fase lunar, pero que al mismo tiempo había visto a Ibi salir rápidamente del Palacio.

- Pero, no puede estar en dos lugares al mismo tiempo. - Comenta Nitocris I.
- Temo que pueda... – Interrumpe el sacerdote. – Existe una cualidad poco explorada sobre la capacidad de estar en dos lados al mismo tiempo, algo así, como un desfase del tiempo.
- Lo creo porque lo dice usted, sacerdote, aunque no es muy comprensible.

El sacerdote se retira del palacio y se dirige hacia Menfis. En el camino, durante una noche oscura, de Luna nueva, observa la culminación de la bella Sotis y comienza su ritual. Sabiendo que esa misma noche era propicia para el accionar de la secta, ya que la ausencia de la luz lunar permitiría a los fieles de Ramsés III obrar sigilosamente, toma una piedra puntiaguda y comienza a tallar sobre una piedra lisa un texto referido al amor que siente por la divina adoratriz.

Al finalizar su declaración de amor, crea un círculo en el suelo arenoso y por medio de una figura pentagonal, circunscripta, realiza un conjuro basado en el lenguaje de la naturaleza, en el amor eterno, con el fin de dar vida a un espíritu capaz de comprimir la historia durante eternas reencarnaciones.

Un rugido que al principio se confundía con el sonido del viento y de a poco, se dejaba oír con más intensidad, alegraba al sacerdote que sentía la manifestación de la nueva alma que había creado, pero que debía permanecer oculta en la oscura noche.

El presagio del sacerdote se cumplió con todos los detalles, ya que los sectarios a las órdenes de Ibi, recientemente incorporado a la secta de Ramsés III, atacaron esa noche. Ibi dirigía la misión porque conocía a fondo el palacio de Nitocris I, y justamente el plan consistía en secuestrar a la divina adoratriz para lograr el dominio real sobre las decisiones de Psamético I. Ibi ingresa al palacio, saluda amablemente a Nitocris I, y luego se dirige al exterior, donde por medio de señas, ordena a los sectarios que cumplan la tarea de Ramsés III. En ocasiones a Ibi, le daba pena saber, que seguramente Nitocris I debería ser sacrificada, pues su amor por ella, pese a las ofensas recibidas, apenas había disminuido.

Al mismo tiempo, el sacerdote siente que la Luna oscura había permitido a los hombres de Ramsés III, actuar contra el reinado. Sospechaba al mismo tiempo, que su amada, sería la víctima, ya que era la preferida de Ibi y por otro lado, todavía recordaba esa noche en que Ibi se le apareció con la mirada desenfocada.

Pasaron dos semanas, mientras los sectarios esperaban la aparición resplandeciente de la bella Selene, dominando el tibio manto de estrellas. Ibi comprendió que el sacrificio de Nitocris I, se llevaría a cabo sin importar las respuestas de Psamético I. Ramsés III, enterado del amor que sentía Ibi por la divina adoratriz, le acerca una vestimenta real a Ibi y lo obliga a usarlo durante la ceremonia de sacrificio.

Obediente a Ramsés III, preside la ceremonia, y tras levantar una piedra puntiaguda la acerca lentamente al cuerpo de Nitocris I, que yacía dormida bajo trance. El cuerpo de Ibi, sufre una metamorfosis, ya que sus dedos se convierten en garras y su rostro semeja a un león. Sus pies se transforman en patas felinas y sus ojos se vuelven rojo ladrillo.

Los demás sectarios coinciden en que el espíritu de la Esfinge se estaba apoderando de Ibi, ya que sus movimientos erráticos mostraban su estado de trance. Pero el interior de la Esfinge comienza a temblar, las piedras se mueven, y un extraño rugido deja paralizados a los fieles, incluso a Ramsés III.

Asustados por la posibilidad que la Esfinge se derrumbara, los fieles comenzaron a abandonar la ceremonia. Ramsés III se acerca a Ibi y le ordena que le de muerte a la divina adoratriz. Ibi obedece, pero al elevar su mano derecha, el rugido se hace más intenso y golpea con la piedra a Ramsés III. La Esfinge sigue temblando, y algunas piedras comienzan a caer.

Una enorme piedra cae directamente sobre el cuerpo de Nitocris I, pero un extraño viento la desvía, salvándola de una muerte segura. La pesada piedra aplasta contra la pared interna a Ibi, dándole muerte y a poco comienza a transformarse en un ser humano. Ramsés III abandona la Esfinge y se dirige junto a sus fieles a Menfis.

Movimiento II: La Primera Reencarnación

De las desérticas arenas egipcias a las blancas arenas griegas, un viaje obligado que describiré en estas líneas para acercarnos a otro tablero de un juego, llamado vida. Es precisamente en Abdera, la tierra de grandes filósofos presocráticos, como Protágoras y Demócrito, donde por primera vez comenzaban a elaborarse la idea de verdad absoluta, el escenario ideal para el surgimiento de un nuevo ser.

Oculto bajo la protección de las noches oscuras, cuando la Luna se tornaba invisible, el espíritu, que el sacerdote de Pabasa, había creado en su mágico ritual, había reencarnado, en forma humana, con el nombre de Akón.

El primer viernes del año 478 antes de la era cristina, Akón nace en el seno de una humilde familia griega, que solamente podía brindarle el amor de una pareja que habían perdido a dos hijos, dos años antes, por una extraña enfermedad congénita. Los únicos datos de la infancia de este personaje se refieren a su carácter introvertido y su mirada profunda, en especial en noches oscuras.

Desde muy temprana edad, Akón, contemplaba el cielo estrellado y permanecía eternos minutos tratando de averiguar su origen. Durante su juventud, emprende el silencioso camino de la Filosofía, convirtiéndose en discípulo de Protágoras, con quien discutía permanentemente sobre los conceptos de verdad absoluta.

Comenzaba a mostrar un talento natural para descubrir los intrincados hilos en medio del telar de la vida. La Verdad Absoluta, era un concepto muy estudiado por los filósofos de esa época, y además el principal motivo de insomnio del joven Akón.

Sentado en las blancas arenas de la playa, creaba mundos regidos por su concepto de verdad y analizaba con minuciosos detalles la posibilidad de existencia de esos mundos y sus posibles habitantes. Mientras que Demócrito, comenzaba a perfilar la idea de que todo lo existente se constituía por átomos, es decir, lo indivisible, Akón aseguraba, que la verdad absoluta, se encontraba condensada, comprimida, en el interior de todas las cosas, incluso, daba origen a los átomos que refería Demócrito.

Los problemas comenzaron cuando Protágoras, debido a sus conceptos, tuvo que huir de Abdera y refugiarse en Atenas. Fue una experiencia muy difícil para Akón, ya que debía abandonar a sus padres, que le habían brindado todo lo que pudieron darle.

El viaje a Atenas se convirtió en un principio en una pesadilla para Akón, ya eran dos los motivos de insomnio, por un lado el concepto de verdad absoluta y otro, el tener que abandonar a sus padres. Al llegar, Akón comienza a caminar por las estrechas calles de la polis y en el interior de un templo, observa a una mujer arrodillada frente a una imagen de Amón Rá.

Una suave brisa rodea al lugar, al tiempo que un extraño ser, con forma de animal, aparece antes los ojos de Akón. La mujer observa a Akón y le dedica una suave sonrisa. Asombrado por la escena, Akón averigua, quién es la mujer.

Un ateniense lo ve muy intrigado a Akón y le explica que se trata de un ensayo para una obra dramática de teatro griego. Se trataba nada menos que del Gran Dionisiaco de Atenas. La mujer iba a representar a Nitocris I, la hija de Psamético I.

- Es una escena realmente dramática. – Dice Akón. – Especialmente porque un sacerdote, enamorado de la divina adoratriz, impide por medio de un conjuro, que la bella secuestrada sea sacrificada.
- Observo que usted es historiador. – Interrumpe el ateniense.
- Ibi, uno de los administradores de bienes de Nitocris I, se convierte en sectario a las órdenes de Ramsés III. - Continúa Akón, con voz serena. – Esa noche, con la bella Sotis en el horizonte, y la Luna como testigo, Ibi, en el interior de la Esfinge la iba a sacrificar, pero las piedras comenzaron a temblar.

Akón le hace un gesto de despedida al ateniense y se acerca tímidamente a la joven mujer, quien se presenta con una sonrisa.

- Hoy será una gran noche para mí. – Comenta la mujer. - Pues representaré a una Divina Adoratriz.
- Eso veo. – Continúa Akón. – Representará muy bien a Nitocris I.
- Acaso. – Interrumpe la mujer. ¿Ya conoce la obra?
- Conozco la historia. – Prosigue Akón. – A menudo sueño con lo ocurrido esa noche.
- ¿Sueña con la muerte de la divina adoratriz? – Cuestiona intrigada la mujer.
- No. – Responde Akón, a modo de lección oral. – Nitocris I, no muere esa noche. Ya que un extraño rugido se apoderó de la Esfinge en el preciso momento en que Ibi, la debía sacrificar. El suelo comenzó a temblar y una enorme piedra que estaba a punto de caer sobre el cuerpo de la divina adoratriz, fue desviado por un fuerte viento y terminó aplastando a Ibi, dándole muerte.

La joven mujer se quedó muy impresionada por las expresiones de Akón. Le agradeció su comentario, ya que sabiendo esa historia, podría representar mejor a Nitocris I. Akón le prometió a la joven mujer, que estaría presente para apreciar la obra. Ya que su estadía en Atenas le permitía, además de indagar en los conceptos de la verdad absoluta, tomarse algún tiempo para apreciar la cultura ateniense.

Cumpliendo con su promesa, Akón asiste a la presentación de la obra. Se ubica entre el público y aplaude animosamente la entrada a escena de la joven mujer, representando a Nitocris I. La obra se desarrolla con normalidad, pero Akón observa, el cielo iluminado por la Luna.

En el momento culminante de la obra, cuando Ibi debe sacrificar a Nitocris I, el actor que lo representa, comienza a sentirse mareado y golpea fuertemente con su puño a la joven mujer.

El público comienza a retirarse y a gritar en señal de protesta, pero Akón se acerca al actor y por medio de una imposición de manos puede curar al actor de ese poseso.

- Yo soy Ibi. – Pronuncia con una voz ajena el actor. – Tengo que cumplir la orden de Ramsés III.
- No lo permitiré. – Interrumpe Akón. –El Sacerdote de Pabasa, me ha creado para detenerte. Yo soy Akón. Yo soy el temblor mismo de las piedras de la Esfinge, Yo soy el rugido que vuestros oídos percibieron esa oscura noche. Yo soy el viento que desvió esa pesada piedra, para darte muerte.
- El tiempo ha pasado. – Prosigue el actor. – Debemos terminar esta historia. El cuerpo de tu amada debe permanecer a nuestro lado. Debemos satisfacer a los dioses.
- Ramsés III no es un Dios. – Continúa Akón. – Solamente deseaba apoderarse de los reinos de Psamético I Su plan de exterminio incluía a la divina adoratriz, a la misma que tu alma también amó, en su momento. Pero el creador de mi esencia, impedirá en todos los tiempos que cumplas tu misión. He permanecido oculto en la oscuridad de la noche. Pero junto al brillo de la Luna, cuando la bella Sotis aparece en el horizonte, mi poder se dilata.
- Como esa noche de Luna llena que llevamos a cabo el ritual de sacrificio. – Pronuncia el actor, al tiempo que su voz se torna normal.

La joven mujer le agradece a Akón por salvarla de un verdadero sacrificio. La obra finaliza y la mujer invita a Akón a caminar por las blancas arenas de la playa ateniense.

Movimiento III: Juramento del Amor Eterno

Contemplar el mar desde la costa ateniense y no detenerse a cuestionar su propia existencia, es algo imposible.

Una tranquila noche primaveral, con la bella Selene de testigo, en la playa, sobre las blancas arenas griegas, dos pétalos de rosas blancas son extraídos de un paño dorado que Akón traía oculto. Su mano derecha movía suavemente un recipiente con agua fresca.

Colocó los pétalos en el agua y con su mano izquierda dibujó un pequeño círculo en la arena. Apoyó el recipiente en la arena, justo en el centro y con una mirada al cielo en primer lugar y posteriormente a los ojos de su amada, comenzaron el ritual del juramento del amor eterno.

- Pequeña y divina adoratriz. – Comenzó Akón. – Mis palabras pueden no tener sentido, pero somos eternos, tan eternos como nuestro amor.
- No entiendo tus palabras. – Interrumpió la joven mujer.
- Es extraño. – Continuó Akón. – Cierra los ojos y siente la verdadera presencia del alma, que hoy habita tu cuerpo. Mi padre, el Sacerdote de Pabasa, suplicó al creador que mi alma se formara para habitar cuerpos humanos y con el tiempo lograr su propia reencarnación.
- Me veo acostada sobre una piedra. – Comentó la mujer. - Eso es todo...
- Estás comenzando a ver la realidad. – Continuó Akón. - Tú eres la divina adoratriz, has reencarnado en este lugar, para que el altísimo, pueda continuar con una obra inconclusa, ya que una sola vida no es suficiente para amar.

Con estas palabras la mujer, con sus delicadas manos alzó el recipiente y observando los pétalos flotando, bebió un pequeño sorbo del agua perfumada. Luego le acercó el recipiente a Akón, quien bebió también el agua, cumpliendo así el ritual.

Movimiento IV: Es Amor de Nuestro Amor

Si existe una jugada llamada vida realmente complicada, es la historia de este amor eterno. A la noticia del amor esperado, del futuro nacimiento, se le sumaron una serie de situaciones adversas.

Por un lado, la joven mujer, siente que su vida es efímera, ya que una desconocida enfermedad le dificulta cada vez, su respiración. Y por otro lado, Akón deberá abandonar Atenas, por los problemas sociales generados en torno a su pensamiento acerca de la verdad absoluta.

El nacimiento de Anny se produjo normalmente, pero su madre, cada vez más enferma le pidió a Akón, que cuidara bien de ella. En ese momento, sabía que debía abandonar Atenas con la niña. Lo más prudente, aunque al mismo tiempo más doloroso, era que debería dar en adopción a la niña, ya que si permanecía con él, correría peligro por las persecuciones sociales.

Al mes de haber nacido Anny, su madre fallece y es llevada por Akón a Delfos. Por un tiempo su padre la cuida, tal como le había prometido a su eterno amor, pero siente que es cuestión de tiempo, el entregar la niña a una familia que pueda cuidar de ella. Una familia en Delfos, acepta hacerse cargo de la niña.

Al principio Akón la visitaba con mucha frecuencia, pero de a poco tuvo que visitarla menos, temiendo por su seguridad. Cuando siente que su mirada no resiste más el suave rostro de su pequeña, abandona Delfos, rumbo a Tebas.

Movimiento V: In Media Res

Durante su período en Tebas, tras abandonar a su hija Anny, por temor a las persecuciones de las cuales se exponía permanentemente, Akón decide viajar a Atenas. Luego de un largo y penoso viaje, se aloja en la posada del hermano menor de su fallecida mujer, su eterno amor.

Sin dudas, los hechos ocurridos hasta el momento, se convertirían en la fuente de inspiración de Akón. Sus reflexiones sobre la verdad absoluta se tornan más frecuentes y obsesivas.

Para Akón, la verdad se encuentra en el interior de todas las cosas, en el alma misma del creador, en el núcleo inicial de lo existente, *in media res*. Estas ideas son escuchadas a diario por sus amigos y colegas, como si no tuviese otro tema de conversación.

En ocasiones es insoportable escuchar a Akón hablar sobre la verdad absoluta, ya que obliga a sus amigos a escucharlo y compartir sus ideas, estén de acuerdo o no con su pensamiento. Los amigos de su cuñado han dejado de invitarlo a sus reuniones debido a la paranoica insistencia, que presenta Akón, respecto al tema de la verdad.

No le importa el tema central de la conversación, si se trata de la felicidad, la tristeza, lo cotidiano, lo sublime, el arte, la política, u otro tema importante, pues la mirada de Akón se pierde en el infinito y pronuncia a modo de discurso académico:

- La verdad puede ser atractora o repulsora. Puede atraparnos en su fina pero resistente tela o expulsarnos hacia lo más lejano de su exterior.

Debido a este estado, Akón, está perdiendo muchos amigos y colegas. Su mundo se cierra cada vez más, y en ese lugar, angustiado y sereno, comenta a quienes todavía lo comprenden, su más sincero deseo de caminar eternamente hacia las profundidades del mar, de ese mar que baña las blancas arenas de la playa donde por primera vez juró su amor eterno.

Movimiento VI: Prólogo de la Segunda Reencarnación

El haber perdido un amor, el sentirse obligado a abandonar a su propia hija, el silencioso acoso, las persecuciones cada vez más frecuentes, son algunos de los motivos que llevaron a Akón al borde del suicidio.

Esa playa de arenas blancas, ese extenso mar que desnudaba sus misterios en las noches oscuras, cuyo rugido de las olas le hacían recordar a su primera aparición, era el lugar perfecto para comenzar su viaje, un viaje interminable, un viaje al mar, a las profundidades de sus agitadas aguas. No se trata de una decisión nada fácil, pero ya su vida, perdía sentido.

El mar sería el refugio de su alma, y en noches claras, cuando la bella Sotis está culminando y la Luna muestra su fase completa, se escuchará un fuerte rugido, el viento soplará más fuerte, las aguas del mar se agitarán con violencia, y el alma de Akón, encontrará otro cuerpo para continuar amando, será en otro tablero, en otra vida, sólo el creador lo sabe, el decidirá cuando mover la pieza apropiada para que la historia siga su curso natural.

Mudo Testigo: Primera Parte

Estaba sentado en un bar, esperando que el tiempo pase. Mientras en la pared, colgara ese viejo reloj él era inmune a toda cuestión de apuro. Si el calor parecía insoportable, no lo era tanto para él. Tras un ameno diálogo con Manuel, pude apreciar detalles que antes había ignorado de esta persona especial.

- ¿Desde cuándo tan interesado en cuestiones culturales?

No parecía el lugar más adecuado para conversar en tales términos. Además su pensamiento no presentaba orden, pero a él no le preocupaba.

Adelantando los hechos podría sospechar que su máximo interés sería el surgir de nuevas posibilidades que prometen los sábados a la noche.

Más tarde, y sin saber adónde ir, pensando en los distintos lugares que depara la peatonal, me dirijo a ese bar y todavía él estaba sentado. Parecía que esperaba a alguien, pero se sorprendió al verme.

- Picada para dos. - Ordené al mozo, que se acercó pesadamente mientras sosteníamos una amena conversación.

La misma versaba sobre temas culturales, en especial arte contemporáneo. Muchos acuerdos, cotidianas riñas, pero así siempre fueron nuestros encuentros.

Por un largo tiempo, un viaje nos separaría. Tuve el presentimiento de que él no iba a volver; estaba yo muy preocupado por la posibilidad de aquel nuevo empleo. Una familia lo espera, una esperanza para su vida. Un futuro sin él.

Meses después, regresó del sur, nos volvimos a encontrar en ese bar, y entre afinidades y recuerdos, conocí sus íntimos gustos culinarios.

- ¡Soy amante del pescado de mar! - Declaró a los cuatro vientos, como esperando que alguien lo invitara a cenar. - Me divertí tanto en el Sur. - Continuó. - Que deseo regresar el mes próximo. No conseguí trabajo, pero la pasé muy bien.
- Insensato. - Pensé,. - ¿Cómo podía pensar en diversiones en un momento como este?

De repente, el silencio se adueñó de nuestros pensamientos. El bar parecía lugar fijo para nuestras reuniones. Mudo testigo de nuestros acuerdos y discusiones. Pero esta vez, los ánimos no eran como antes, pues una verdad, una dolorosa verdad, se nos anunciaba.

Él pronunció aquellas palabras, había lastimado a mi alma, mi moral, mis deseos, mi vida. Mi único amor. Por medios ilegales, implicando a señores funcionarios, abandonó a esta mujer, que está a nuestro lado.

No pude mas, enfrenté la realidad, lo enfrenté. Una dura batalla comenzaba a surgir entre nosotros, pero sólo con palabras, o al menos eso creía. La débil víctima estaba presente, más aún sería juez del duelo.

Con la mirada perdida, pero no vencida, comencé, con la lenta agonía de mi rival. Deseaba en ese momento que el barquero Caronte guiara su alma, por el Río de la Muerte, hacia el propio Plutón.

Pero su presencia, el dolor que causaba perder un amor, esa terrible impotencia y mis confusos pensamientos, formaban parte del mundo que debía soportar sobre mi espalda, como un Atlas sin consuelo.

- Decime acaso. - Comenzó, él. - ¿Qué, tanto puede significar ella?
- ¡Claro!. - Contesté, muy disgustado - ¡Tu eres la Esfingel, Te alimentas del sentimiento de los demás, pero como un Edipo enamorado, haré, que claves tus palabras en lo más profundo de tu corazón.

Observé, fijamente los tristes ojos de esa mujer, y poseído por su encanto, pronuncié:

- Por un instante, traté de imaginar, / lo que mi vida sin vos... sería; / con el quinto jinete cabalgaría, / sin saber lo que es amar.
- Palabras, palabras. - Exclamó muy poco convencido.

En su rostro se reflejaba el terrible dolor de una justa derrota. Intentó acercarse con pasos inseguros; sus movimientos simulaban fortaleza, control, determinación... Pero sólo simulaban.

Comenzó a temblar, pero comentó a los presentes, sentirse bien. Mentira, engaño y recelo, tres ingredientes que forman un líquido viscoso y dorado, recorriendo cada rincón de su cuerpo.

Se retiró. Un recuerdo más para muchos, un profundo silencio de amor y respeto para esa mujer.

Días después, recorría el angosto pasillo de una biblioteca. Sin darme cuenta, me acercaba a la verdad. Relajado, medité:

“Bello libro, color dorado, de amarillas hojas maltratadas por el tiempo. Esperanzas y deseos en tu alma están impresos. Tu humilde ubicación en ese apretado anaquel, te hace invisible a los ojos profanos.

El día que te conocí estaba sediento de pasión. Poco a poco mis manos acariciaban tu delicado cuerpo. Como una medusa despiadada, tus secretos ocultos convirtieron en piedra mi corazón.

Una tormenta de sentimientos confusos y recuerdos dormidos, se desató en mi Alma. Tu sagrado nombre en gótica mayor, TU ERES LA ESFINGE, es respuesta de mi eterna búsqueda.

Tus páginas son finos conductos que conectan todos los tiempos. Contenes la historia, la palabra misma, de aquella secta que floreció en plena Dinastía XXVI.

Naciste de la mente del propio Ramsés III, como filosofía de todo lo existente. Al isócrono, manantial de inspiración de poetas flechados, alimento eterno de almas errantes, bellos paisajes para los despreocupados impresionistas. Eras un verdadero Mefisto, un celoso guardián del orco más temido.

Un grupo de hombres te adoraron, crearon alabanzas y sacrificios para satisfacerte. En esta secta, comenzó un terrible plan: La destrucción total de la civilización más antigua de la Tierra.

En el interior de la misma Esfinge se gestaba esta idea, este sentimiento, este pesar. Un sacerdote a las órdenes de Psamético I, vaticinó el trágico final. Este plan, incluía a la bella hija del soberano Rey de Sais, Nitocris, muy distinta al común de las mujeres egipcias: larga cabellera negra, brillantes ojos azules, que en la profundidad de la noche, confunde el agricultor con la estrella Sirio y su enigmática compañera sideral.

Fue una noche tranquila, nada presagiaba el triste acontecimiento que se avecinaba; como un alma errante, tras ser raptada por un temible sectario, con intenciones de usarla de rehén. El siervo de la Esfinge intentó dar muerte a la bella princesa desaparecida.

En ese momento en Sais, un sacerdote al servicio del Rey Psamético I, consultando su oráculo, descubrió la fatal noticia. Poseído por la belleza de esta dama, escribió sobre tablas pétreas un enigmático mensaje.

Palabra tras palabra, expresó sus fieles deseos a Nitocris, en el puro lenguaje de los sentimientos. Bajo el manto de la noche, escondido en una gruta, comenzó su extraño ritual.

Conjuros, plegarias y un mar de fe, fueron sus principales instrumentos, que con claro dominio del lenguaje de los eternos aéreos, resonaron como el rugir del viento. De pié, frente a la bella Sotis, exclamó con mucho pesar:

- ¡Maldita Esfinge, criatura del demonio!, una bella soberana, deseabas para tu reino. Un fiel siervo a las órdenes de Osiris, te ofreció la víctima.
- ¿Cómo te atreves? - Contestó una ronca voz. –Has osado en nombrarme de tal manera. Deberás cumplir un castigo eterno, si acaso su alma deseas recuperar.

- Esencia pura. - Contestó el sacerdote. – Débil mujer. Por Hermes, jamás permitiría que a tu lado permanezca esta dama. Si acaso valor podría tener mi vida, perdida está sin su presencia.
- Soy la muerte, la misma que enseña valores puros, enamora corazones sin consuelo, admito vuestros más delicados goces.
- Imagen invertida del espejo oscuro del Infierno. Al mismo tiempo calma en la tempestad y desesperanza. Si acaso, Tú, la muerte misma, enfermedad final de todos los mortales, quisieras cobijar mi alma en tu oscuro manto del silencio, para que en el menor de los tiempos, mis ojos profanos, puedan admirar a la bella soberana. Te ruego, ven a mí, te espero con valentía. Pues acaso. ¿No es eso... el amor?

Al pronunciar estas palabras, el sacerdote se desvaneció, una nube dorada, comenzó a girar en torno a su cuerpo. Finos conductos, espirales, lo condujeron hasta su anfitriona: La Esfinge. El sacerdote se encontraba en un mundo distante, oculto, un verdadero infierno.”

* * *

De repente, la biblioteca se sumergió bajo el manto de la oscuridad. Un apagón, que no sólo afectó este lugar, sino también toda la ciudad.

Me dirijo a la entrada principal. En el preciso momento que voy a salir, escucho un gemido proveniente de la sala de lectura.

Sobre el extraño libro, flotaba una neblina dorada, brillante que resaltaba su título. La ciudad a oscuras presentaba a mi vista, un escenario viviente, horas antes de la función.

La luz de la Luna prometía un espectáculo sobrenatural. Sin saberlo, pues había perdido toda noción de espacio y tiempo, me acercaba al bar. Al llegar observo por la ventana una escena muy extraña.

Claro que no hay nada de extraño en observar velas sobre las mesas en medio de un apagón. Pero ¿en forma de círculos sagrados? Y rodeando aquellas imágenes pentagonales invertidas.

En el medio del bar resaltaba la imagen esculpida en marfil de un extraño ser: cabeza y pechos de mujer, alas de pájaro, cuerpos y pies de león y una larga cola de serpiente. Comencé a recordar, a modo de película, mis reiteradas lecturas sobre mitología griega.

- ¡La Esfinge! - Exclamé, llamando la atención de los presentes.

Un ritual se llevaba a cabo en ese bar. Gemidos ininteligibles, acompañados de vigorosos movimientos corporales, formaban parte de esta demoníaca obra teatral.

Esa dulce mujer, reflejo de mis sinceros sentimientos, estaba arrodillada frente a Manuel: Mi eterno rival. La adorable víctima estaba cubierta con un manto transparente, con sagrados símbolos dibujados en la parte superior.

Al parecer, a los presentes no le interesaba mi inoportuna visita. Mientras estuviese en trance, no podía intervenir, sólo me limitaba a esperar. La bella mujer, se me acercó lentamente. Sus ojos reflejaban dolor.

Mi cuerpo comenzó a temblar, mis palpitaciones se aceleraron vertiginosamente. De mis labios surgían chillidos. De repente, con voz ronca y segura pronuncié:

- ¡Yo soy Akón! Humilde Mercurio a través de los tiempos. Puerta secreta que conduce al altísimo conocimiento.
- Con la misma muerte estás hablando. – Contestó Manuel. – Esfinge verdadera. Esta vez, el alma de tu amada a mi lado quedará.
- No lo permitiré. - Contesté. - Varias generaciones han pasado de nuestro último encuentro. En una sagrada gruta me encontraba. Soy la fuerza que puede destruirte, en todos los tiempos.
- Ninguna fuerza es capaz de tal suceso... Al menos que seas el propio amor, mi eterno enemigo.
- El Amor eterno, es mi perfecta definición. Tres colores se conjugan en mi seno, mi madre era un eterno círculo sagrado, pentágono hermético y mi padre un sacerdote. Durante mucho tiempo he dormido en cuerpos mortales. Pero hoy emergí, desperté del largo sueño. Debo terminar con mi tarea. Extinguirte, porque eres la llama que nunca debió existir. Tu macabra obra debe ser terminada. Vuelva la luz de la verdad a esta ciudad. Extermínese todo espectro, toda legión, en nombre del Altísimo. Sumérgete en tus propias sombras. La vida es verdad, tu eterno rival.
- Esta mujer no puede corresponderte porque su alma es nuestro alimento eterno.
- Por el Amor de esta dulce mujer. A ti bella dama. Por la misma razón, la que en gloriosa época, apogeo de las culturas unió nuestros corazones. Poseído por tus encantos podría en poco tiempo declararte mis sinceros sentimientos. Cuando el manto de la noche, como cascada iluminada por brillantes gotas, cae sobre nosotros, los mortales, mi única compañera es la triste Selene. El creer en nuestro futuro encuentro, que hoy comienza, ha mantenido mi alma con esa fuerza capaz de calmar las fieras más temibles del orco interior, en otras palabras, la fuerza que permite vivir.

Poco a poco, el bar, retornaba a su normalidad, las extrañas imágenes se desvanecían. Por varias generaciones, la Esfinge, dejaría de actuar.

Deberá cumplir un duro letargo como condición de su derrota. Sus adoradores volvieron en sí, la fuerza del poseso había desaparecido súbitamente.

Manuel se retiró y la bella dama, mi eterno amor, con su amplia sonrisa y un cariñoso abrazo, cerró con broches dorados esta dulce historia.

Mudo Testigo: Segunda Parte

El tiempo ha pasado, no así la soledad.

Cuando el juego parecía terminado, un caudal de tristes experiencias nos conduce al principio.

Para los médicos, un número más en su apocalíptica lista de enfermos terminales. Para mí, una vida sin sentido.

En este momento, no puedo ingresar a su habitación, totalmente adornada con hermosas rosas blancas, como a ella le gustan, como a esa rosa que juramos eterno amor. Hechizados por su perfume, embriagados por su dulce sabor.

Mientras recorro el largo pasillo de esta clínica, comienzo a recordar tantos bellos momentos, que desearía acompañarla en ese interminable viaje. Fuera de la clínica, camino rumbo a ese bar, punto de partida de nuestras esperanzas: Mudo testigo. Solo en una mesa, intentando revivir en el mágico escenario una obra inconclusa.

De repente, vertiginoso cual rayo de Júpiter, un pensamiento agita mi Ser. En pleno silencio me pregunto:

- ¿Cuál es la razón de este amor tan fuerte? ¿Es acaso, una simple reencarnación?

Miro aquella hoja blanca, brillante por el reflejo de la bella Selene, y comienzo a escribir, a modo de consuelo:

En este momento, tan inesperado, / hasta el silencio es todo un grito; / ningún sentimiento es tan bendito, / como el sentirme de ti, enamorado.

Al terminar, la hoja aparece manchada con pequeños círculos negros que dominan su suave superficie.

Segundos después, oscuras manchas aparecieron en la Luna, como un verdadero presagio. Salgo del bar, olvidando sobre la mesa aquella hoja oscura pero suave, que comienza a arder con fuego frío.

Los presentes observan el fenómeno y apuntan sus miradas hacia mí. Buscando una respuesta, me dirijo a la clínica, donde entre empujones y protestas logro llegar a la habitación de mi amada. El doctor me detiene y trata de explicarme lo sucedido.

Un consuelo, el que todos necesitamos ante la triste noticia de la muerte anunciada. Aún no puedo creerlo, sucedió tan de prisa que todavía recuerdo sus bellas palabras, en especial aquellas que se referían a nuestro amor.

Pasaron varios años de aquella trágica noche, estoy leyendo las cartas de amor, mientras navego en un profundo mar de tristeza. Cada palabra, cada signo, cada pausa se convierten en temibles bucaneros que intentan abordar mi galeón de sueños.

Encuentro un sobre cerrado, una verdadera caja de Pandora, ante la posibilidad que tanto habíamos esperado. Al abrir el sobre, veo en su interior una hoja arrugada junto a dos pétalos de rosas blancas y una tarjeta en la que aparecía la frase: DE TUS DOS AMORES.

Desconcertado ante semejantes palabras, intento recordar algún momento de nuestras vidas donde acaso pudiera pensar en otro amor.

Era una carta que mi amada escribió cuando viaje a Londres por razones de trabajo. Una carta escrita, pero nunca enviada.

Una actitud que no logro comprender. La epístola se refiere a una bella niña que vivió en la antigua Grecia, descrita por sus frágiles palabras:

“Anunciada está mi muerte, ante el mismo Zeus, debo declarar, mis penas: Pronunciar, las verdades encerradas en nuestro mágico amor, legando mis sentimientos a una dulce niña, llamada Anny. Su inocente infancia transcurrió en Delfos, entre hechiceros e inquisidores. Anny ha reencarnado, es amor, de nuestro amor.”

Sin saberlo, durante tanto tiempo, una niña me espera, seguramente soy algún personaje de sus inocentes sueños.

Dejo la carta, y con ella parte de mi vida, guardo el sobre, y me dirijo al bar. Al llegar encuentro a Miguel, una oscura silueta entre mis recuerdos de estudiante.

Compartimos una copa, algunas palabras, una noche. Nuestra conversación se interrumpe por un doloroso grito, proveniente del exterior. A pocos metros de la entrada del bar, una niña muy pequeña, nos muestra su rostro asustado.

Al acercarme a ella, veo sus ojos azules, que me hacen recordar a esa mujer. Pienso que no es posible. Acaso quisieron los Dioses, los eternos sabios, jugar con nosotros como si fuéramos piezas de un tablero de ajedrez.

Así como decidimos el encuentro entre la reina y un peón, pueden ellos decidir nuestros encuentros.

La niña me abraza, como si fuese la única persona en el mundo. Al mismo tiempo, comprendo, sin necesidad de largas explicaciones, que nuestra hija ha retornado al hogar. Sus días no fueron nada fáciles.

Tuvo que soportar una madrastra sin sentimientos, que la mantuvo encerrada en un cuarto oscuro y tenebroso con intenciones de purificarla. Mi dulce niña aún conserva, marcado a fuego, aquellos recuerdos, los cuales le ocasionan frecuentes pesadillas.

Hoy es un día muy especial, le prometí que durante la cena, le hablaría de su madre. Sus juveniles quince años reflejados en una amplia sonrisa anuncian su llegada al comedor. Ese vestido blanco, puro y elegante, provocan en mi una sucesión de recuerdos, que se proyectan al futuro como enigmáticos sueños.

- Esperé tanto este momento. - Comenzó Anny.
- El tiempo tan sólo provocó este encuentro. - Continué.
- No entiendo.
- Nuestro amor nace de una serie de hechos ocurridos hace mucho tiempo, reencarnaciones sucesivas, promesas de inmortales, deseos de orden.
- ¿Así se conocieron?
- Así está escrito en un libro, color dorado, que decora nuestro anaquel. En sus páginas podrás descubrir una historia inconclusa, que en nuestros días continúa su curso normal.
- ¿Una profecía? - Preguntó.
- Temo que no. Por algún motivo una fuerza invisible ha provocado un mundo paralelo, cuya historia es una fiel copia del Imperio Egipcio.
- Pero si no es una profecía, ¿Por qué el libro comenta un posible reencuentro del sacerdote con su amada?
- Bella niña, pequeña mujer. Al Creador le agradezco nuestro encuentro. La vida es un tablero, en el cuál nosotros tan sólo somos piezas. Pasamos por todos los niveles, hasta llegar al santo rey, pero cuando nos damos cuenta que el límite es alcanzado, retornamos a simples peones en otro tablero. El juego es tan complejo, que a veces ocurren hechos similares en distintos tableros.
- Entiendo. - Dijo sonriendo. - Como aquellos maestros de ajedrez que en varias jugadas, coinciden con los mismos movimientos.
- Exactamente. En este caso hablamos de coincidencia, porque desconocemos la ley que gobierna en su desarrollo. Pero el Altísimo, conocedor de todo lo existente es capaz de lograr estas jugadas. Nosotros somos piezas que juegan una partida ya realizada, pero con la diferencia que nuestra jugada alguna vez debe terminar. En el Antiguo Egipto, hubo personajes, representados por piezas e incluidos en un juego que no terminó. El tiempo ha pasado, y el juego al cual pertenecemos, una pequeña jugada del mismo, era semejante al anterior y a partir de ahí el juego continuó, en otro espacio, es decir, en otro tablero.

Nuestro diálogo continuó durante varias horas. Terminamos de cenar, y con la Luna de testigo, bailamos aquel bello Vals de Tchaikovski.

Sabía que esta vez la jugada debía finalizar. La historia debía seguir su agitado curso.

Una sombra cubrió la Luna, la hoja arrugada y amarillenta que anunciaba al amor de nuestro amor, comenzó a arder. Mi bella niña me abrazó fuertemente, como en aquel primer encuentro.

- Soy tu amor, deberás creerme. - Pronunció Anny.
- Sé que lo eres. - Continué. - Siempre lo has sido, pues un amor prometido a una rosa blanca, jamás será condenado.
- Esta noche estaremos juntos.
- Sea la eternidad un simple intervalo. Comprimida y dilatada la vida misma. Tanto tiempo ha pasado para un encuentro final, pues avanzar es retornar, disolver es coagular.
- Aún no comprendo el motivo de este amor. - Continuó Anny.
- Comprendo y acepto esta realidad. Pues aunque la muerte misma fueses a tu silencioso llamado acudiré. Y si del Demonio evolucionaste, dejaré ser abrazado por tus llamas frías. Inocente mujer, bella niña, a tu lado debo estar para culminar este juego. Debemos satisfacer a los santos jugadores, que con habitual maestría, puedan continuar con la historia. Ellos cuentan, nuestro amor, glorioso juego cuenta.
- Palabras bellas, que envuelven al alma. – Dijo sonriendo Anny.
- Es el amor, aquel nacido de una promesa eterna, si acaso una carta puede disolverse, en fuego frío, jamás podrá desaparecer. Carta pétrea escribí en otra vida, como sacerdote. Tributo al amor que vive en el recuerdo, pues la vida posee memoria capaz de contener en un breve instante, todos los momentos.
- Tradúcemelas, por favor. - Rogaba Anny, refiriéndose a las palabras impresas en la carta pétrea.
- Al Amor suplico en círculo sagrado, a la vida misma que permite soñar. A los cuatro vientos, con este canto doloroso he de anunciar, que me encuentro perdido en un mar profundo. Atacado por los marinos seres del alma, donde tristeza y soledad acechan en el fondo. Solo, tan solo el día que te conocí, he dejado de ser un atormentado navegante. Guiando mi navío interior, rumbo al amanecer, el que siempre aguarda, eterno. Como tu presencia.

Por siempre el amor continuó, así estaba escrito. Somos piezas en una jugada aún sin terminar. A los mortales no se nos permite conocer el desarrollo del santo juego, tan sólo aceptarlo y disfrutar.

Epílogo

Al finalizar la segunda parte de *Mudo Testigo*, algunos de mis compañeros del *Taller Literario Julio Cortázar*, de la *Sociedad Argentina de Escritores de Zárate*, me preguntaron si estaba creando la tercera parte del material.

Después de reflexionarlo me pareció más conveniente crear una introducción a la historia y surgieron los movimientos que dieron origen a este trabajo.

Espero que disfrute la lectura de *Mudo Testigo: Crónica de un Amor Eterno*, tanto como disfruté escribirla.

Nota del Autor

Espero, querido lector, que hayas disfrutado de esta obra.

De ser así, por favor, comparte tu opinión, comentarios, críticas y sugerencias, enviando un correo a: *rgodano@mpolipoetica.com.ar*.

Desde ya, muchas gracias por haber leído esta obra.

Ricardo Gabriel Godano

Sobre el Autor



Ricardo Gabriel Godano ha participado del *Taller Literario "Julio Cortázar"* de la *Sociedad Argentina de Escritores, Seccional NE Zárate*. Editó la revista digital *Líteral Soft*, publicando trabajos literarios de diversos estilos y coordinó los talleres literarios para jóvenes y adultos en la *Sociedad de Fomento Barrio Zárate* y en la *Unión Barrial 6 de Agosto*.

Actualmente es editor freelance de *Metamorfosis Polipoética*, donde publica obras digitales y ofrece servicios educativos e informáticos.